

Rui Brito Velásquez

Un espejo aquí y dos en La Haya

Estudio sobre la maleta de apuntes de Rúben Cascalho

Con 49 falsos postales del autor

Lavandera Blanca* Editores

Las tapas de madera y el estuche de fieltro que protegen este libro han sido elaborados por alumnos del «taller de carpintería» de la Asociación Prodisminuidos de Quintanar de la Orden y Comarca.

ASPRODIQ trabaja desde 1973 en la atención de alumnos de tres a veintiún años con necesidades educativas especiales. Para las personas mayores de dicha edad, la Asociación cuenta con el Centro Ocupacional, cuyo objetivo consiste en favorecer la habilitación profesional y la inserción laboral de los alumnos, así como alcanzar una adecuada integración social en sus distintos entornos de convivencia.

Con la adquisición de este libro usted colabora en el desarrollo humano y profesional de personas con distinto grado de discapacidad intelectual. En nombre de todas las personas que han participado en su montaje, la Asociación ASPRODIQ y Lavandera Blanca* Editores le agradecen la adquisición del ejemplar que ahora tiene en sus manos.

Puede conocer más sobre las actividades de la Asociación en:
www.asprodiq.es

0,28 <i>sin titulo</i> CORREIOS DE PORTUGAL	7
0,45 <i>debajo del alquitran blanco</i> CORREIOS DE PORTUGAL	31
<i>rosa de agujeros 0562bsF4 made in portugal</i>	55
<i>espejos uno aqui dos en la haya</i> CORREIOS DE PORTUGAL	73
<i>ciento quince</i>	101

0,28 *sin titulo* CORREIOS DE PORTUGAL

La lectura de la maleta de apuntes sugiere que Rúben Cascalho nunca sintió interés hacia lo sobrenatural. El dependiente Cascalho prefería la aritmética. Nos lo demuestra su interés en recordar las medidas y cantidades que surgían a lo largo de la jornada en la estafeta del Correio Nacional. Este interés provoca que el diario del dependiente Cascalho, me escucharán decir alguna vez más, acabe leyéndose como una práctica contable al servicio de la memoria. Sin parangón con otros autores de diarios, Rúben Cascalho hizo del guarismo el elemento más expresivo de la escritura. Gracias al continuado manejo de los números en la estafeta de Glória dos Odres y a una inusual facultad para disfrutar las fortuitas combinaciones entre ellos, el dependiente argumentó muchos de los recuerdos que la maleta de apuntes nos permite leer. Esta breve introducción que ustedes han escuchado con paciencia y silencio me servirá para presentarles el sello de hoy. La pantalla muestra la estampilla desde hace un buen rato.

He notado cierta decepción en alguno de los asistentes. Ayer dediqué la jornada inaugural a interpretar el sello titulado *Ni una pergunta*, el ejemplar con mayor decoración entre los que Rúben Cascalho guardó en la maleta de apuntes. Por comparación con

aquél entenderé que la simplicidad del sello aquí expuesto les haga concebir en él una menor importancia. No debe ser el caso, como les probaré, pese a la falta de un dibujo atractivo y de uno de los elementos más característicos de la estampación postal. Salta a la vista: el sello *ceros dos ochos* carece del título que preside otras falsas emisiones del dependiente. Producciones de esta índole no escasean en la maleta de apuntes. Algunos sellos carecen de título y otros de dibujo alusivo. Los hay que carecen de ambos, si bien en ninguno faltan el valor de franqueo y el trepado a punta de alfiler característico de la colección filatélica del dependiente Cascalho. Como pueden suponer, ha sido imposible encontrar el sentido y la intención de muchos de esos ejemplares. En el caso del sello *ceros dos ochos*, la figura que el dependiente Cascalho intentó dibujar apenas ayuda a obtener una interpretación adecuada. Ustedes no habrán identificado todavía qué representa. Anticipo que se trata del esbozo de un maletín de trabajo. Aprovecho para pedirles que no se precipiten a la hora de juzgar la habilidad de su dibujante. Aunque la destreza del dependiente Cascalho a la hora de expresarse con el lápiz siempre se demostró escasa, me permitiré referirles que la pobreza gráfica del sello que hoy trataremos deriva de la dificultad de ilustrar con imágenes la causa que lo originó, que no es sino la advertencia de un secreto. Escogí el ejemplar titulado *ceros dos ochos* a propósito. Sepan que la evidente simplicidad del dibujo resume una atrevida apuesta. Espero que al término de mi exposición

todos ustedes hayan comprendido lo que quiero decir en este momento.

La confluencia de los números cero, dos y ocho propone una incontable combinación de significados posibles. Según avanzaba mi estudio hacia una única interpretación, el sello *cero dos ocho* confirmó que el dependiente esperaba de los números con que se encontraba a diario la misma función y responsabilidad que el resto de personas concedemos a los sentimientos. Iré un paso más lejos. Rúben Cascalho hallaba en los números ordinarios lo que otros descubren en una mirada o en un tono de voz: un mensaje destinado al alma. No parece que esta facultad alimentara en el dependiente reflexiones de índole superior a pesar de la capacidad de abstracción que debemos presumirle, como corresponde a quien operaba con cifras de forma habitual. Rúben Cascalho se adiestró en el cálculo doméstico a la vez que evitaba la incalculable tarea de comprender la trascendencia humana. Cuantas referencias numéricas encontramos en la colección de sellos o en la maleta de apuntes indican orígenes y fines prácticos. El sello *cero dos ocho* participa de esa misma fuente. Dicha idea no se opone a que, gracias a sus dotes de observador preciso que ayer comenté, Rúben Cascalho suponga en cada número al que tuviera acceso una secuela latente o una delicada conjetura, como es el caso que tratamos esta mañana.

No ocultaré durante más tiempo que al sello *cero dos ocho* lo provocó el interés del dependiente Cascalho hacia la persona de

Marcela Esgabia, cliente asidua a la estafeta de Glória dos Odres. Matizaré el tipo de interés al que me refiero. Es hora de leer el primer apunte de hoy. El dependiente anotó a la vuelta de un prospecto de farmacia el siguiente recuerdo sobre la señorita Esgabia: ... *se vuelve busca dos nueve seis uno tres tres nueve cinco dos cero dos ocho tres cero uno siete cuatro cero tres uno siete cero dos ocho nueve dos cero cinco uno tres siete seis ocho cuatro cinco uno se repite cero dos ocho...* Aconsejo a los asistentes que detengan cualquier ejercicio mental. Ninguna lógica ordena la secuencia que acabo de citar. Les basta atender a la repetición de la serie cero, dos y ocho que el propio dependiente Cascalho destaca. Si mi ayudante... Vean el apunte en la pantalla. Hasta las tres últimas cifras, cada número se ubica al azar. Aun careciendo de lógica, la serie conserva íntegra la causa de donde proviene. Rúben Cascalho apuntó los números en el orden con que la memoria se los dictaba horas después, una vez fuera de la estafeta. Les sugiero que piensen de esta forma: cada uno de los números anotados resume un instante en la práctica laboral del dependiente. Con mayor precisión: cada tres números, cada serie de tres cifras recuerda el interés que Rúben Cascalho concedía a la señorita Esgabia, personaje cuya presentación no debo retrasar ni un segundo más.

Al menos una vez a la semana, Marcela Esgabia acudía a la estafeta de Glória dos Odres. Concretaré que la empleaba la delegación local de una renombrada casa de seguros. Según los testimonios recogidos entre los componentes de la estafeta, la señori-

ta Esgabia era conocida por la exigencia con que planteaba sus demandas ante los mostradores de franqueo y paquetería. Por cuanto me aseguraron durante mis entrevistas hemos de considerarla dotada de gran desenvoltura, con aire de mujer del todo completa, según el cartero Fontes. Mientras preparaba la lectura de hoy dudaba en qué momento añadir el siguiente dato: una belleza superlativa impedía no fijarse en Marcela Esgabia. Por favor, eviten centrarse en este último atributo. Si acaso, acomódenlo sin mayor propósito dentro de una distinción física superior al común de las mujeres. El sentido final del sello *cero dos ocho* recibirá una mejor iluminación si la belleza sobre la que acabo de informar participa como un mero complemento circunstancial. Pues tampoco compete valorar aquí la calidad del personaje, no les entretengo con mayores detalles. Regresemos a la maleta de apuntes, donde el dependiente Cascalho dejó escrito el siguiente recuerdo: *la señorita esgabia once y veintitres entra contreiras cruza al reparto la señorita esgabia al mostrador se apoya mira el reloj freitas del almacén sale tres pliegos dos de verde original y copia otro de contrato mientras espero contreiras vuelve que se me olvidó el paquete de cristalerías barroqueiro la señorita esgabia guarda los pliegos pide de cero con treinta y dos pliego completo como todos los martes emisión arquitectura nacional motivo casas da beira faltan seis añado de cero con veinticinco emisión mundo natural motivo lirio de mayo freitas mira apunta la señorita esgabia guarda en el maletín sale.* En el apunte que acaban de escuchar, el dato que nos interesa comprime en un objeto perteneciente a

Marcela Esgabia el motivo que originó el sello *ceros dos ocho*. Miembros de la estafeta coincidieron al destacarme que la señorita Esgabia nunca olvidaba acompañarse de un maletín. Con palabras del dependiente de paquetería Freitas les resumo sus propiedades físicas: «Negro, grande, como los de llevar sobres para expedientes, casi de hombre.» La descripción del maletín servida por Freitas se mostraba reveladora cuando añadió un complemento funcional: «Uno de esos maletines que se abren con ruedas de números.» Es decir, un maletín con sistema de apertura y cierre basado en una combinación cifrada.

Creo haber dicho alguna vez que para el dependiente Cascalho en todo número latían resonancias vitales. Cuanto sigue a partir de ahora detallará el sentido de esa afirmación. Sin duda, ustedes habrán descubierto una relación directa entre la cerradura que refería Freitas y el apunte que inició el estudio de hoy. Aquellas cifras anotadas en el diario de Rúben Cascalho pueden entenderse ya como alineaciones de ruedas numéricas. La maleta de apuntes no ayuda a concretar en qué primer momento el dependiente ve y registra la cerradura en el maletín de Marcela Esgabia. No nos importa. Las alusiones a esta mujer en diversos apuntes igualan el estilo y el interés de otras notas destinadas a recordar el tránsito de la mañana en la estafeta. Abundan en la maleta de apuntes. Por ejemplo, escrito en el reverso de un fragmento de viejo mapa: ... *galindo escoval siete el doctor barroso ocho jacinta medeiros nueve la señorita esgabia diez el mozo del central once filipe barrosa*

doce un desconocido por equivocacion trece girão abrantes catorce antes de las doce y luego ninguno hasta el cierre. Pero unos pocos apuntes tratan, a la vez, el maletín de la señorita Esgabia y la serie *ceros dos ocho*. La lectura de estas anotaciones confirma que el dependiente Cascalho concibió una arriesgada conjetura sobre el personaje de Marcela Esgabia. Cuanto queda escuchar durante mi exposición aconseja anticiparles que Rúben Cascalho creyó en algún momento no sólo haber descubierto desde su mostrador la combinación secreta que abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia, sino que dicha combinación guardaba la memoria de un secreto mayor. Evitaré confundirlos si les extiendo la sucesión de avatares con que en adelante habrán de contar: una belleza femenina excesiva; una indiferencia natural en la mujer, imposible de dejar indiferente; un maletín protegido gracias a una cerradura de números; una cifra repetida cuando las leyes de la probabilidad se oponen a dicha repetición; y para terminar, la deducción de un secreto. El sello motivado por la señorita Esgabia conmemora esta última etapa. Por su pertinencia acudo de nuevo a la nota que leíamos al principio. Pueden seguirla leyendo en la pantalla. No recuerdo si les advertí de que se trata de un fragmento: *... se vuelve busca dos nueve seis uno tres tres nueve cinco dos ceros dos ocho tres ceros uno siete cuatro ceros tres uno siete ceros dos ocho nueve dos ceros cinco uno tres siete seis ocho cuatro cinco uno se repite ceros dos ocho...* El apunte recita combinaciones de cifras que el dependiente recordaba haber visto alguna vez en el maletín de Marcela Esgabia cuando

esta acudía hasta la estafeta. En un próximo apunte escucharán que el maletín quedaba apoyado en el mostrador, al alcance de la vista mientras el dependiente despachaba con la mujer. Como acaban de escuchar, Rúben Cascalho recuerda repetirse la combinación cero, dos y ocho, circunstancia que le inspira, como veremos, una función sobresaliente. Si somos justos con el caso, contar en varias ocasiones la misma serie de números, en exacto orden, entrañaría un causa más probable cuanto menor es la probabilidad de hallar repetida la serie en ocasiones diferentes. Por su parte, como se desprende del apunte que leeré de inmediato, Rúben Cascalho no duda sobre la causa de esa improbable repetición: la serie cero, dos y ocho, les notifico, parecía ser la llave que abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia. El hallazgo merece calificarse de anecdótico si no fuera porque el dependiente ensanchará su apuesta al atribuir a esa misma combinación numérica el valor de una confianza personal. Leo para ustedes el recuerdo escrito en el reverso de un recibo de tintorería: *la señorita esgabia trece y veinticinco entra sombrero de llover paraguas guantes hombros manchados de lluvia freitas saluda el maletín hasta el mostrador dos certificados cero con cuarenta y cinco uno urgente con acuse mas cero veinticinco los hombres descansan el maletín entre las piernas deja el guante para escribir cero dos ocho neves desde el almacén que si ha vuelto contreiras otra mañana abierto el maletín...* En la pantalla tienen el nuevo apunte. Sin comprometernos, supongamos que, en efecto, la cerradura del maletín de Marcela Esgabia se

abría al coincidir los números cero, dos y ocho, en el mismo orden con que acabo de citarlos. Por su parte, el dependiente Cascalho refiere la observación tratándola de certeza. Deseo compartir con los asistentes la idea simple de que toda llave promete una entrada. Retomo la cita anterior y la leo tal como concluye: *... deja el guante para escribir cero dos ocho neves desde el almacen que si ha vuelto contreiras otra mañana abierto el maletin paga uno con cincuenta devuelvo cero treinta y cinco recoge guantes y sombrero sale si hubiera hecho falta la habria avisado.* Repito la parte interesante: «Si hubiera hecho falta la habría avisado.» En el debate que compartimos tras la lectura de ayer uno de los asistentes sugirió una feliz comparación. ¿Usted?... Si me lo permite la repetiré para todos. Rúben Cascalho, dijo el señor, daba a sus apuntes la misma responsabilidad que a un papel de calco, gracias a ellos copiaba la realidad vivida con la misma exactitud con que la recitaba en la memoria. Premio esta opinión y añado: la lectura de la maleta de apuntes conforma la imagen de un autor cuya intención se ciñe a guardar fiel testimonio de las vicisitudes ajenas. Ante ellas la imparcialidad de Rúben Cascalho se acerca a la perfección. Del anterior apunte vuelvo a leer la frase notable: «Si hubiera hecho falta la habría avisado.» Habría advertido a la señorita Esgabia, quiere decir, de que su maletín permanecía abierto. Pero como si observara la vida fuera de la vida misma, el dependiente nunca intervino en la vida observada. Nos extrañaría que fuera de otra manera si contamos con que en el diario del dependiente

Cascalho escasean las referencias del autor a la existencia propia. Lo que sigue, sospecho, volveré a mencionarlo en las próximas jornadas: la escritura de Rúben Cascalho no refleja los pensamientos o avatares propios, como cabría esperar en un escritor de diarios, sino que abunda en ocasiones y anécdotas ocupadas por extraños a quienes el dependiente trató dentro y fuera de la estafeta de Glória dos Odres. Aunque en dicha redacción ustedes vean un esfuerzo inútil y difícil de comprender, Rúben Cascalho se entregó a ella con incansable voluntad durante años. La lectura de la maleta de apuntes y el estudio a fondo de su colección filatélica me autorizan a afirmar ante ustedes que, a su manera, el dependiente Cascalho compensaba tanto ejercicio de escritura destinado a evocar instantes ocupados por vidas ajenas. Como ejemplo sirva cuanto envuelve al sello *cero dos ocho*. No lo olviden: nada más grato para el dependiente que suponer en un número la palpitación de una circunstancia singular, más valiosa cuantas menos personas fueran capaces de advertirla.

Aunque aún les falta conocer próximos detalles, coincidirán conmigo en que desvelar un secreto por vía intuitiva brinda mayor placer que obtenerlo de modo violento. En efecto, participar en una confidencia puede ser una fiesta si no se está llamado a participar en ella. Volviendo al maletín de Marcela Esgabia, el dependiente Cascalho decidió por su cuenta que la combinación cero, dos y ocho era número y llave y, aquí viene una mayor apuesta, edad de Marcela Esgabia. Acudo a una nota sucinta escri-

ta en un recorte de cartón perteneciente a la caja de un tubo de betún. En el reverso de la tapa Rúben Cascalho escribió una de sus anotaciones. Seguramente ya estarán acostumbrados al estilo: *para no olvidar cero dos ocho aquella juventud desde que se olvido*. Llave y edad en una misma cifra, dedujo el dependiente. Si creen que mis conclusiones avanzan sobre frágiles fundamentos, esperen al próximo apunte. Antes admitan conmigo que a Rúben Cascalho pudo socorrerle una práctica a la que acudimos de forma habitual. Personas muy diversas deciden servirse de sencillos artificios cuando desean guardar combinaciones de cifras o letras en la memoria. Alguno de ustedes quizá recurra a las iniciales de su nombre, quizá haga coincidir los números con fechas de carácter inolvidable. Es legítimo imaginar que Rúben Cascalho conocía dichas prácticas, probadas en la costumbre. Sin implicarnos por ahora supongamos que, en efecto, Marcela Esgabia acudía a uno de esos hábitos para no olvidar la llave del maletín y que utilizó la serie cero, dos y ocho por tener la edad de veintiocho años. En otro recorte de la misma caja del tubo de betún, Rúben Cascalho se asegura haber descubierto la relación entre la edad de Marcela Esgabia y la cerradura de números. El apunte brinda una de sus escasas referencias personales. La pantalla lo muestra mientras lo leo: *pure de patatas frias manta de dos lanas cuadrillos de libreta veintidos por veintiocho la edad de la señorita esgabia veintiocho años total seiscientos dieciseis cuadrillos por hoja entonces yo queria ser maestro*. Rúben Cascalho atribuyó a la serie cero, dos y ocho el ritmo y la

intensidad de una emoción. Para quien ha llegado tarde y no escuchó el principio, repetiré que el dependiente ordenaba el argumento de los recuerdos como si se tratara de apuntes contables. Descubrir los números que componían la llave del maletín mereció anotarse en la maleta de apuntes. Las casualidades originadas por la concurrencia imprevista de los números animaban la rutina, puntuaban el discurrir en la estafeta del Correio Nacional. Imaginemos las tasas, pesos, dimensiones y medidas de variada índole con las que trataba el dependiente Cascalho tras el mostrador. Hallar en ese cotidiano inventario de números la edad de una mujer hermosa hartaría la más exigente búsqueda de casualidades. El rigor de nuestra investigación impide compartir la certeza del dependiente. Saber qué serie exacta abría y cerraba el maletín de Marcela Esgabia queda fuera de nuestras posibilidades. Por otra parte, nada nos exige confirmarles que Rúben Cascalho acertara en su conjetura. Si acaso, a todos ustedes interesa constatar que, como dije antes, la cifra originó en el dependiente una conclusión emocionante. Escuchen el siguiente fragmento: ... *franqueo certificado para paquete comercial a cero con veintiocho tarifa basica a cero con dieciseis mas resguardo de entrega a cero doce cero con veintiocho reembolso de envio inferior a cien gramos a cero con veintiocho la edad de la señorita esgabia hace veintiocho años que cumpli los veintiocho...*

Lamentaría que mi exposición hubiera seguido hasta aquí un ritmo discontinuo, confundiendo a los asistentes. El tiempo dis-

ponible me urge a resumir los datos más relevantes: asiduamente, Marcela Esgabia acude a la estafeta por exigencia profesional; durante su presencia se acompaña de un maletín negro de gran tamaño; el maletín se dota de cerradura basada en un sistema de tres ruedas metálicas cuya alineación forma combinaciones numéricas; se revela importante el modo en que procede la señorita Esgabia para descansar el maletín, subiéndolo hasta el mostrador que atiende Rúben Cascalho; en varias ocasiones el dependiente contabiliza la serie cero, dos y ocho alineada en el mecanismo de apertura y cierre; la improbabilidad estadística lleva al dependiente a tomar dicha combinación por llave cifrada; en último lugar, Rúben Cascalho imagina la mediación de una regla nemotécnica de Marcela Esgabia, que acude a la propia edad para facilitarse el recuerdo de la combinación que abre y cierra el maletín. Veo que alguno de ustedes afirma con la cabeza. Antes de que validen la apuesta del dependiente Cascalho, interpongo de inmediato un dato crucial: en el tiempo de sus visitas a la estafeta, Marcela Esgabia sumaba alrededor de cuarenta y cinco años. Como escucharán pronto, los miembros de la estafeta de Glória dos Odres resolvieron sobre la edad de la mujer durante las entrevistas necesarias a nuestro estudio. Por ejemplo, a tono con su intuición, la auxiliar Neves respondió de la siguiente manera: «¿Joven? Guapa y elegante, sí; pero con los cuarenta bien cumplidos.» El dependiente Freitas, al frente del mostrador de paquetería y provisto de una objetiva fuente documental, declaró según

lo privilegiaba su labor en la estafeta: «Nacida en el sesenta y dos, un año mayor que el cartero Fontes.» A lo que añadió, justificando tanta seguridad: «No se entregan paquetes a particulares sin antes comprobar el carnet de identidad.»

¿A alguno de ustedes convence la idea de que Rúben Cascalho confundiera la edad de aquella mujer cuya presencia exigía atenderse? Acordarán conmigo lo improbable de ese error. Pero consideren por un momento que el dependiente acertaba al pensar que la serie cero, dos y ocho era la llave del maletín y la edad de Marcela Esgabia cuando esta guardó en la memoria aquella combinación de números. Una más interesante circunstancia resulta entonces, fundamental para comprender por qué nace en el dependiente Cascalho la decisión de producir el sello *cero dos ocho*: Marcela Esgabia, calculen conmigo, utilizaba el mismo maletín desde hacía más de quince años.

De gran tamaño y color negro, con estilo masculino según Freitas, y cargado, al menos, con quince años de uso. Pensemos si un maletín así haría buena compañía a la fama de Marcela Esgabia. Les ruego que invoquen la estampa de esa mujer señaladamente atractiva, vístanla con el maletín recién descrito y comprueben en la imagen resultante la participación de elementos concebidos para escenas diferentes. Les ayudará si me detengo a leer un largo apunte: *amadeu taveira nueve y trece entra que quiere girar la mensualidad del hijo cuatrocientos veinte dos con treinta de tasa paga exacto quince mas que el mes pasado que lo que cuesta estudiar que va por el tercer año*

*de veterinaria freitas que luego lo cobrara evaristo que quien lo vera neves pasa un trapo al mostrador huele a alcohol viana que sale al banco avisa hasta pasada la mañana no vuelve la señorita esgabia nueve y treinta entra freitas y evaristo saludan saca cinco sobres del maletin cinco destinos a la capital emision mundo natural motivo ciervo volante franqueos a cero con dieciseis cero con ochenta devuelvo cuatro con veinte se vuelve sin esperar el cambio la aviso sube el maletin otra vez demasiado grande otro secreto sale evaristo sale neves sale se asoma a la calle sacude el trapo freitas vuelve al cuaderno de entregas neves regresa y cierra. Quédense con la frase «demasiado grande otro secreto» porque volveremos a ella. Aproximándonos al final del estudio que hoy nos reúne, es imprescindible dedicar unas palabras a la maleta de apuntes del dependiente Cascalho. El vínculo entre el maletín de Marcela Esgabia y esa atípica modalidad de diario donde Rúben Cascalho custodiaba el producto de la memoria se demostrará útil y definitivo para interpretar el sentido del sello *cero dos ocho*. Obsérvenla en la pantalla. Por favor... Se trata de una simple maleta de viaje... Claro que existe. Ahora lo comentaré. Nuestro conocimiento de cuanto sucedió a Rúben Cascalho a partir de su ingreso voluntario en el asilo geriátrico nos autoriza a afirmar que el marchante García Brás no llegó a conocer la maleta de apuntes, ignorancia que, tengo que decir, ha permitido a la Fundação Epístola e Filatelia acceder a la mayor parte de los ejemplares que componen la colección filatélica del dependiente Cascalho y al conjunto de apuntes de su diario personal. Me siento obligado a aclarar que el*

interés de la Fundação por organizar este ciclo sobre *Arte postal y falsa filatelia* se remonta a la fecha en que se le cedió la maleta de apuntes para su estudio y valoración, mucho antes de hacerse público el fraude que el marchante García Brás venía practicando con la venta de sellos adquiridos al dependiente Cascalho. Me extenderé un poco más sobre este asunto.

El día en que Rúben Cascalho ingresó en el asilo geriátrico Serva Amanhecer portaba consigo una bolsa de viaje en una mano y la maleta de apuntes en la otra. A los escritores de diarios tranquiliza la idea de que el pasado, si se anotan los hitos relevantes que lo señalizan, adquiere la consistencia que echamos en falta cuando pretendemos orientarnos a través del futuro. Supongamos que el dependiente, una vez en el asilo geriátrico y a punto de olvidar el tiempo que trabajó en la estafeta, ocasionalmente acudía a su diario con el pretexto de retrasar la anulación de la memoria debida a la enfermedad de Alzheimer que hoy padece. Durante este tiempo, la maleta de apuntes reservaría la minuciosa prueba donde el dependiente Cascalho confirmaba haber vivido alguna vez, haber tenido vida antes de la demencia. Como ustedes imaginan, me refiero al recuerdo de tantas personas que, sin aparente motivo, ganaron una línea de escritura en el reverso de un papel usado. Les interesará saber que al año de ingresar en el asilo geriátrico, el deterioro mental del dependiente Cascalho alcanzó el grado más profundo de la enfermedad. En la actualidad la maleta de apuntes no le garantiza ya ni la eviden-

cia física del presente. Den por segura esta última información. Proviene del responsable máximo del centro que atiende a Rúben Cascalho desde que abandonó la estafeta. Lo comentamos de inmediato.

El doctor Benevides, director del asilo geriátrico Serva Amanhecer, cedió provisionalmente la maleta de apuntes a la Fundação Epístola e Filatelia, como ayer expliqué en el apartado de agradecimientos. En el tiempo preciso para la preparación de estas jornadas, el doctor Benevides compartió con quien les habla información relevante sobre el diario de Rúben Cascalho. De entre mis cuadernos resumo el testimonio directo del doctor: «Como es debido la maleta ha de volver a su legítimo dueño, junto a otros enseres personales, a pesar del estado físico y mental del señor Cascalho. Irá donde fue encontrada después del asunto del boleto de lotería. Desde entonces decidimos controlarla. El Correio Nacional nos advirtió cuando detectaron la carta. Por otra parte la maleta parecía normal, de equipaje. Usted la conoce bien. Era de suponer que guardara ropa y objetos de aseo. Aunque sabíamos que el señor Cascalho acostumbraba a escribir, nadie se paró a pensar dónde guardaba el resultado de esa afición. Era fácil verlo en el salón, el vestíbulo o el jardín. Hasta que aparecieron las primeras alteraciones de la coordinación motora. No hace tanto que perdió también la facultad del habla. ¿Le expliqué por teléfono que escribir era compatible con el tratamiento? Cualquier papel le venía bien. Lo que encontrara. Casi

siempre por el reverso. Le hablo de cuando su estado lo permitía. Puede que alguno de aquellos escritos estuviera entre los que intentó enviar por carta. El Correio Nacional solicitó que le impidiéramos franquear más envíos. Así se hizo entonces. Desde hace unos meses no es preciso.»

El asilo geriátrico cuenta con un servicio de recogida y entrega de correspondencia para los internos, por si desean saberlo. El doctor Benevides me habló de los informes elaborados junto con el inspector del Correio Nacional, quien explicó en qué etapa de control se detectó la carta con el boleto de lotería convertido en sello. Sobre lo que sucedió después, sigo leyendo la entrevista con el doctor Benevides: «Al primer periodista lo recibí personalmente. No dejaba de ser una anécdota, una curiosidad, aunque triste. Me refiero a lo del premio, no a lo de las cartas. En su estado no convenía que el señor Cascalho atendiera a la prensa. Pasados unos meses volvieron. Varios, pero por diferente motivo. Mire, al poco de la famosa carta, durante una temporada, lo frecuentó aquel marchante. Se identificó como miembro de la familia. Luego, pasado un año, la prensa informó de que vendía los sellos del señor Cascalho como si fueran obras de arte. Respecto a ese asunto el Correio Nacional no se ha involucrado. Solo nos pidieron que el señor Cascalho no volviera a remitir más cartas.» Sobre lo cual el doctor Benevides afirmaba: «Sí, lo intentó de nuevo, en varias ocasiones. Ya estábamos advertidos, como le dije. El personal del geriátrico las retenía. En apoyo al tratamiento decidimos

consentir sus ejercicios de escritura, no sin vigilancia, como es lógico.» Preguntado por el destino de las cartas que Rúben Cascalho intentaba enviar desde el asilo geriátrico, el doctor Benevides respondía con admiración: «No lo inventaba. El señor Cascalho recordaba aquellas direcciones aunque, en esa fecha, la enfermedad empezaba a impedirle reconocerse a sí mismo. Hay una explicación clínica apoyada en la evolución de otros pacientes afectados por similares procesos. Puede que le extrañe, pero los códigos de envío eran reales. Las calles, los códigos, los nombres. Todo real, según comprobamos. De alguna manera y a pesar de la demencia su memoria recuperaba con precisión aquellos datos. Como las direcciones de envío no guardaban relación aparente con el señor Cascalho, opté por guardar las cartas en la maleta, con el resto de cosas. Con las notas y los sellos. Y los billetes. Usted habrá visto los billetes. El señor Cascalho escribía también en los billetes con que le pagó el marchante.»

Hasta aquí la entrevista al doctor Benevides. Me adelanto a pedir disculpas por la sucesión de metáforas incluida en mis próximas reflexiones. La estafeta de Glória dos Odres hizo de cauce por donde descendía un caudal incesante de seres humanos. Personas que franqueaban cartas hacia toda suerte de destinos. En su mayor parte dichas personas sirvieron para protagonizar uno o varios apuntes. El dependiente Cascalho esperaba en la estafeta como el pescador que aguarda sentado sobre el pretil del puente, entretenido en ver pasar el cauce. Si la maleta de apuntes

ofreció a su autor alguna guía para la orientación personal, habría de provenir siempre del pasado ajeno. Esta fórmula para llenar de contenido la memoria nacería de una decisión consciente. La lectura del diario de Rúben Cascalho, compuesto de fragmentos sobre la vida de los demás, parece indicarnos un autor para quien desconocerse suponía un alivio, como si tener conciencia de sí mismo lo lastrara con una penosa responsabilidad o le provocara un insoportable cansancio. Por mi parte sostengo que el dependiente Cascalho escogió observar la existencia ajena como remedio para espantar las interrogantes de la propia vida. La escasez de alusiones autobiográficas en su diario me sugiere creerlo. Respecto al sello *cero dos ocho* y a estas últimas opiniones diré que Rúben Cascalho intuyó que la señorita Esgabia cargaba consigo parte del pasado, aun a costa de ensombrecer las atractivas imágenes de su presente. La cerradura del maletín abrió el paso a aquella intuición. Un número concebido para guardarse en secreto le insinuó la existencia de un episodio personal de difícil olvido. El maletín entero lo copiaba como si se tratara de un completo apunte. Recupero las descripciones ya referidas: un maletín largamente usado, grande y negro, de estilo masculino, quizá llevado en primer lugar, déjenme que alargue la insinuación, por la mano de un hombre, un personaje relacionado con la juventud de la señorita Esgabia.

No nos interesa saber si fue así. Tampoco interesó al dependiente Cascalho. Nuestro estudio del sello *cero dos ocho* sostendrá

de aquí hasta el final que a Rúben Cascalho ni lo atraieron los motivos que inspiraban a aquella hermosa mujer el uso de ese inapropiado complemento masculino ni se preguntó por las circunstancias que vivió el maletín de Marcela Esgabia en el pasado, perteneciera o no originalmente a otra persona, un hombre del que la señorita Esgabia lo recibiera después. Sin más, a Rúben Cascalho atrajo la cerradura de números. Si dudan sobre mi opinión, escuchen un nuevo apunte: *cesario andrade nueve y dos entra que han cortado la rua vigario fragoso para canalizar el gas freitas sale a ver los dos señalan desde fuera freitas corre a abrir nueve y cuatro la señorita esgabia entra cesario andrade cede el turno maleta y bolso de viaje solo un certificado internacional emision razas del mundo motivo bantu africano franqueo de cero setenta que donde va a guardar los pliegos de tarifa basica que hoy no los quiere que mañana que va de camino a la estacion paga y sale como va de viaje no lleva el maletin no hay numeros ni llave cesario y freitas salen señalan desde fuera suena una maquina entran una maquina de picar la calle.*

Nos apremia una explicación final del sello *cero dos ocho*. Pues el tiempo se agota, intentaré premiar la presencia de todos ustedes mediante una conclusión satisfactoria. Aproveché la jornada inaugural para clasificar los sellos del dependiente Cascalho según las causas que los originaron. Con relación a aquella clasificación me escucharon decir que los sellos de Rúben Cascalho imitan las intenciones de la producción filatélica del Correio Nacional. Si meditan sobre las estampillas o sellos oficiales halla-

rán ejemplos donde reconocer una indiscutible función conmemorativa. Precisamente, la incansable tendencia a la observación del mundo ajeno podía fructificar en forma de sello cuando el dependiente Cascalho hallaba acontecimientos dignos de recordarse con mayor celebración que la silenciosa y privada felicidad permitida en un apunte autobiográfico. La pantalla ilustrará mis últimas reflexiones. Por favor...

Veán de nuevo el sello *ceros dos ochos*. Un esbozo de maletín y números. Motivo recurrente de atención en Rúben Cascalho. Gracias a las tres cifras que repetía el maletín de la señorita Esgabia, el dependiente apreció la existencia de una interesante anomalía. Vimos que Marcela Esgabia cargaba un maletín inadecuado para la distinción y el atractivo que trasladaba consigo. Los apuntes de Rúben Cascalho indican que el dependiente nunca deseó indagar en la historia personal de la señorita Esgabia y su relación con el maletín. Nunca se propuso penetrar donde la memoria privada solo le comunicaría inquietud y desorden. Y mucho menos se instó a reflexionar con hondura sobre la obstinación con que las consecuencias del pasado sobreviven en la voluntad humana. El sello *ceros dos ochos* conmemora un hallazgo al que solo justifican los números. Similar a un valor de franqueo: veintiocho, la edad en que quería ser maestro. Rúben Cascalho celebraba en el sello la emocionante satisfacción que le produjo descubrir el número secreto de Marcela Esgabia y deducir luego en él un secreto mayor que el supuesto en una cerradura de números.

Si hacen un esfuerzo, recordarán de qué modo los introduje en la lectura de hoy. Lo expongo de nuevo. Cantidades nunca triviales, cifras debidas a causas insalvables o a coincidencias inesperadas. Decisiones al amparo de los números. Para el dependiente Cascalho, dije al principio, recordar los números permitía componer una contabilidad de la memoria. Los ejemplos abundan en el diario del dependiente. Ustedes los han escuchado. En las jornadas próximas recuperaremos esta fuente de motivación. He querido guardar para el final uno de los apuntes que Rúben Cascalho escribió en el asilo geriátrico antes de perder la memoria definitivamente. La imagen de la pantalla amplía el billete sobre el que dejó escrito lo siguiente: *doxalon seiscientos una cada ocho horas isotensil una en el desayuno reholviran forte trescientos media en las comidas lenitax docientos gramos un sobre a media mañana reminixa cuarenta una antes de acostar total siete y cada dia peor.*

Finalizo. Los secretos y los números exigen un cómplice ideal. Diría que ambos fracasan si no encuentran alguien dispuesto a conceder una atención concentrada pero infinita. Los secretos y los números destinados a describir la verdad jamás pierden interés. Para el dependiente Cascalho, conocer el número que abría el maletín de Marcela Esgabia se preciaba por contener parte del pasado. El sello *zero dos ocho* lo conmemora tras una simulada cantidad de franqueo. Permítanme pensar con el dependiente Cascalho que bien vale una fiesta el número que desvela un secreto.